Con motivo del Congreso sobre el Futuro de la Cruz Roja Alemana (Colonia, 3-5 de mayo de 1996), el señor Eric Roethlisberger, vicepresidente del CICR, dio una conferencia, en alemán, sobre el tema

¿Tiene el Movimiento Internacional de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja que reconsiderar su ética ante los desafíos de hoy y del futuro?

La Revista *publica las reflexiones del señor Roethlisberger, a las que su autor ha conferido un carácter personal.*

En consonancia con el tema de este Congreso, orientado hacia el porvenir, quisiera compartir con ustedes algunas reflexiones personales acerca de una problemática que yo formularía así: «¿Tiene el Movimiento Internacional de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja que reconsiderar su ética ante los desafíos de hoy y del futuro?»

No pretendo hacer una exposición filosófica. La Cruz Roja —hoy la Cruz Roja y la Media Luna Roja— sólo existe en virtud de la acción que materializa su ideario. Me propongo, pues, mantenerme en un plano esencialmente operacional.

Los desafíos

Para comenzar, recordemos brevemente algunos de los retos que deben afrontar las instituciones humanitarias, en general, y nuestro Movimiento en particular.

El *primero* es constante y vital: poder llegar hasta las víctimas de las catástrofes, sean éstas naturales o causadas por el hombre, y prestarles asistencia de conformidad con los criterios humanitarios de imparcialidad y de atención prioritaria a las personas más vulnerables —a menudo niños, mujeres, ancianos e impedidos.

Tal es la razón de ser de nuestro Movimiento, la justificación de su existencia.

Para el CICR, que presta socorro en situaciones de conflicto o donde reina la violencia, resulta imperioso actuar en forma absolutamente independiente y apolítica. El éxito de sus intervenciones depende de su capacidad para no dejarse involucrar en los litigios que oponen a las partes; dicho de otro modo, depende de su capacidad para ser verdadera y completamente neutral y reconocido como tal.

Hay que destacar las dificultades que entraña esta empresa, pues, en el terreno, el delegado tiene que defender la causa humanitaria de personas pertenecientes a una parte ante representantes de otra parte en conflicto.

El *segundo* desafío se refiere al subdesarrollo. En las intervenciones humanitarias fuera de la zona de la OCDE[1], el marco institucional de base suele ser rudimentario e insuficiente, y el control que ejercen las autoridades públicas es a veces incompleto. Las acciones del Movimiento se llevan a cabo en condiciones de desigualdad o hasta de injusticia social, de fuertes presiones demográficas, a veces de extrema pobreza, de hambruna o incluso de agotamiento ecológico. De ahí los problemas que plantea la infraestructura de apoyo.

¿Son los Principios Fundamentales de nuestro Movimiento verdaderamente universales y comprendidos como tales? Es un *tercer desafío*, en forma de pregunta recurrente, que hay que plantearse. Sobran motivos para pensar que, tanto en el futuro como hoy, esta cuestión se encuadrará en un contexto internacional que, por lo que se refiere a la violencia que lo caracteriza, presenta los siguientes rasgos:

— conflictos desnaturalizados —genocidios y otras formas de limpieza étnica—, de los que la población civil es objeto, más que inopinada víctima;

— conflictos sin marcos estructurales, en que los combatientes, a menudo menores y agrupados en bandas, actúan más bien por su cuenta que insertos en una organización militar o paramilitar estructurada;

— conflictos desenfrenados, en que las autoridades públicas dejan de tener el monopolio de la fuerza, de su uso y de su control. La situación resultante se asemeja a una privatización de la violencia y, por lo tanto,

[1] OCDE: Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos.

de la acción humanitaria. Se trata de un fenómeno relativamente nuevo, que habrá que analizar.

El *cuarto* desafío, siempre en relación con la acción humanitaria en situaciones de conflicto, se plantea así: ¿cómo esperar que se respeten ciertos principios fundamentales de comportamiento humanitario en tiempo de conflicto, cuando predominan las pasiones, siendo así que esos mismos principios no son respetados en tiempos denominados de paz, en una sociedad cada vez más presa de la violencia?

Por último, a modo de recordatorio (pues el fenómeno se observa desde hace varios meses, e incluso años) me referiré a la politización de la acción humanitaria. Sin entrar en largas explicaciones, hago hincapié en que la postura del CICR a este respecto no ha variado: la acción político-militar, por una parte, y la ayuda humanitaria, por otra, se sitúan en ámbitos diferentes y separados. Más aún, la complementariedad que puede y debe existir entre ambas ha de basarse en esta neta delimitación, que, a mi juicio, responde mucho menos a un principio abstracto que a la doble preocupación operacional de aportar al mismo tiempo paz y socorros. La realidad actual sobre el terreno confirma —como lo muestran Somalia, Bosnia o Liberia— la pertinencia de esta imprescindible separación.

La acción

En segundo lugar, quisiera dedicar unos minutos a la organización de las actividades de nuestro Movimiento. Es obvio que tenemos que tratar de mejorarlas sin cesar, movidos tanto por un afán de cumplir nuestro cometido (*«do the right thing»*) como de eficiencia (*«do it well»*). Esto también forma parte de nuestro deber para con las víctimas, que sufren las consecuencias de nuestros fracasos (*«our failure is their loss»*).

Las recientes reuniones del Consejo de Delegados y de la Conferencia Internacional[2] de diciembre de 1995 nos han servido de aliento: hay que mejorar la eficacia de la cooperación funcional entre la Federación[3] y el CICR, e incorporar las Sociedades Nacionales a la concertación entre los componentes internacionales del Movimiento. En nombre del CICR, celebro tales orientaciones.

Nada hace pensar que la competencia entre los actores humanitarios —organizaciones internacionales o no gubernamentales— vaya a ser en

[2] XXVI Conferencia Internacional de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja, Ginebra.

[3] Federación Internacional de la Cruz Roja de la Media Luna Roja.

el futuro menos reñida que hoy. La competencia está considerada, a mi entender con razón, como un sano factor de comportamiento económico. Pienso que así puede ocurrir también por lo que atañe a la acción humanitaria. En la medida, eso sí, de que se cumplan dos condiciones previas fundamentales: primero, responder a una preocupación de rentabilidad en beneficio de las víctimas, y no de ganar posiciones para la Institución o prestigio personal; y luego, respetar los mandatos, que han de sustentarse en una capacidad de acción efectiva, fundada a su vez en la experiencia.

Hoy se puede observar que en muchas de sus actuaciones los gobiernos o las instituciones humanitarias no respetan estos preceptos, lo que redunda en situaciones de incoherencia y confusión. Es lo que alguien ha llamado «el revoltijo humanitario», que resulta oneroso por lo que se refiere a la prevención y la mitigación de los sufrimientos. Se hace prácticamente lo que sea, con tal de ganar notoriedad. Se realiza una «mala acción» humanitaria, como en otra época se solía prestar una «mala ayuda» al desarrollo, en la medida en que se tienen escasamente en cuenta las necesidades efectivas y las condiciones locales. Es inevitable que más tarde se pague un precio, concretamente un costo humano...

En este contexto, permítanme decir algunas palabras sobre la gestión moderna. A mi juicio, la acción humanitaria no escapa a la necesidad, e incluso obligación, de someterse a una gestión eficaz, que se ajuste cada vez más a las necesidades. Tampoco en este ámbito es inmutable el conocimiento humano. En un mundo que evoluciona con tanta rapidez es indispensable saber adaptarse; quien no avanza corre el riesgo de retroceder. ¡Sin duda, hay que cambiar!, pero no «cambiar por cambiar», sino en función de objetivos que han de definirse previamente.

Me parece que, por lo que se refiere al quehacer humanitario, el verdadero reto radica en las motivaciones que impulsan las transformaciones. Cambiar simplemente para «hacer como los demás» parece poco convincente. En cambio, sí lo es cambiar para «trabajar mejor para los demás», a saber, las víctimas. Para ser fidedigno a largo plazo, es siempre importante dar prioridad a la «solidaridad antes que a la «notoriedad», y a la «compasión» antes que a la «instrumentalización mediática».

¿Una nueva ética para la Cruz Roja?

Mi tercera y última pregunta de alcance general me lleva al meollo de mi exposición: ¿tiene nuestro Movimiento que reconsiderar su ética?

Por ética entiendo, claro está, primeramente los siete Principios Fundamentales que compartimos: *humanidad, imparcialidad, neutralidad,*

independencia, universalidad, voluntariado y unidad. Sin embargo, quisiera añadir algunas consideraciones que también me parecen fundamentales en lo relativo a los socorros humanitarios en situaciones de conflicto:

— en primer lugar, la *continuidad de los socorros*, que, dicho sea de paso, es el aporte verdaderamente innovador de Henry Dunant, fundador de nuestro Movimiento;

— luego, la *protección de los socorros*: protección de quienes los reciben —heridos, detenidos, desplazados— y de quienes los prodigan, a saber, los delegados.

— por último, el *carácter indisociable de la asistencia*, que debe ser protegida, y de la *protección*, que ha de referirse a la asistencia.

Es instructivo recordar que las Sociedades Nacionales fueron las primeras en experimentar ese carácter indisociable. En efecto, las primeras operaciones de socorro internacionales de la Cruz Roja fueron obra principalmente de varias de ellas: guerra germano-francesa de 1870-1871, guerra ruso-otomana de 1876-1878, guerra civil cubana de 1895... Por su parte, el CICR asumió la dirección operacional y el control de la distribución.

Fue así como, muy pronto en la historia del Movimiento, surgió una triple preocupación, que podemos enunciar como sigue:

— socorros (asistencia y protección), gracias a la solidaridad internacional;

— eficacia, gracias a la preparación y el control de las distribuciones.

— imparcialidad, gracias a la neutralidad e independencia de los delegados.

Observaciones finales

La conclusión que quisiera sacar no les causará seguramente asombro:

— ¿Reexamen crítico y autocrítico del efecto de nuestra acción y de la pertinencia de los principios rectores en los que se funda?: ¡Sí!, sin lugar a dudas;

— ¿Reconsiderar nuestra ética de solidaridad y compasión, en el sentido de debilitarla o hasta de sustituirla?: ¡No! Por el contrario, lo que necesita el Movimiento es fortalecer y reafirmar su ética.

Mi convicción a este respecto se confirma, y en modo alguno tambalea, ante los desafíos empero importantes que nuestro Movimiento debe arrostrar en la actualidad, y que, con toda probabilidad, también deberá afrontar en el futuro.

Eric Roethlisberger
Vicepresidente del CICR